

C A R A Y C R U Z

Por IGNACIO AGUSTI

hacer "el puente"

HEMOS decidido, tras muchos titubeos, enrolarnos en la línea general y hacer el «puente». El puente es una institución reciente, que en estos últimos años ha conocido un auge creciente, y que, con toda probabilidad, ya no será posible eliminar de nuestro calendario. Consiste el «puente» en aprovechar la proximidad de dos fiestas para unir las entre sí con un ocio que alcance a los días de labor encerrados entre ellas. A lo largo de la primavera y del verano esas oportunidades se prodigan con bastante generosidad. Hay años determinados —como los hay para las cosechas— abundantes en puentes útiles. Son años con suerte, en los que a lo mejor uno puede pasar, más que por un puente, por una ristra ininterrumpida de pequeños puentes, tal el caminante que vadea un río de uno a otro pedrusco, sin riesgo ni salpicadura. Esos son los años en que uno puede no dar golpe, como vulgarmente se dice, sin que se resientan ni su prestigio ni su moral. Otros son años menos afortunados. De todos modos, la cuestión del puente viene a demostrarnos a todos los inmensos gajes de esta época con relación a épocas pasadas. Hoy hacemos todos lo que hace sólo unos lustros hacían únicamente unos cuantos rentistas.

Yo he derivado mi puente hacia el Norte, lejos de mis habituales inclinaciones. Y, deliberadamente, he huido en él de las más frecuentadas topografías. Me producía una cierta satisfacción efectuar mi huida en sentido contrario al de las masas humanas que atestaban las carreteras en busca del mar y de la playa. Yo iba, en compañía de algunos amigos, hacia la montaña. Y heme aquí, a la moderada, pero limpia altura de 1.200 metros sobre el nivel del mar, a la vista de algunas crestas todavía blancas de nieve, y al cobijo de nubes orondas y trashumantes, que tienen la preñez solemne de la mitología.

La enorme cazuela de verdes y grises, rodeada de montes sobre los cuales pasa la luz a ráfagas cambiantes, es un valle pirenaico que guarda los secretos del mundo. He aquí la cura de silencio que nos convenía. El último ruido que escuchamos fue el del granizo que golpeó como un mazazo durante varios minutos sobre la capota de nuestro coche, timbal trepidando en el que estábamos metidos no muy a gusto, ciertamente. Los relámpagos iban garabateando, en el cielo sombrío, monigotes de oro; pero el estampido de los truenos parecía lejano, tal era el rumor del agua encima y a nuestro contorno. Ya luego, al empujar la cuesta, ascendimos a una zona de luz y, en las primeras vertientes pirenaicas, flecos de niebla, sueltos por los desmontes, nos devolvían a la inmutable y sosegada paz de la vida bucólica y campestre. Ya habíamos cruzado el «puente», ya quedaba lejos la trepidación moderna, el zumbido de los motores, el «climax» neuro-vegetativo de nuestra tensión ciudadana. Ya estábamos en aquella zona donde, al decir

de nuestro gran amigo que fue Manolo Hugué, los pollos corren crudos. ¡Valle inmenso paradisíaco, silencio y cielo azul con nubes viajeras!

El hotel donde me hospedo es un chalet deportivo, habitáculo de los socios de un club de golf. Siempre me ha parecido que la distancia que separa a Francia de Inglaterra está, más que en las millas del Canal o en las diferencias de orden político, en el hecho de que los cortesanos de Francia, en el siglo XVIII, jugaban al ajedrez, mientras que los británicos jugaban al golf. Versalles o Fointanebleau tienen una jardinería artesiana y medida, y el arrayán, la fuente y la ninfa de piedra son lujos cerebrales y exquisitos que exigen la pompa en mayúscula, tanto para la Monarquía como para la Revolución. En realidad, la guillotina también fue un tablado; Napoleón, una gran estatua que se anticipó al monumento. Los ingleses, en cambio, han retocado la campiña, la han utilizado para su deporte sin apenas añadirle más que un chalet donde lavarse un poco y tomarse un «whisky» después del partido. No hay constitución escrita en Inglaterra, del mismo modo que no hay, en un campo de golf, aditamentos ornamentales, acotaciones ni remiendos. Se trata de darle al campo un aliciente que no sea puramente estético, con el solo auxilio de una pelotita.

El campo de golf que tengo ante mis ojos —o mejor dicho, debajo de mis pies— no es un campo inglés, sino español, aunque en la misma frontera de Francia. Mi «puente» está consistiendo en la contemplación, y aun en la utilización, de este campo de golf en todas sus amplias posibilidades, y en primer lugar, la deportiva. Mas el valle tiene muchas otras. Mientras me disponía a lanzar mi pelota, una oronda vaca pirenaica se ha acercado a mí de esta forma pausada y abacial que es propia de la estirpe vacuna en estas latitudes. Estábamos, ella y yo, solos, ante el inmenso valle silencioso, bajo las raudas nubes. La testuz serena, los ojos licuosos, sosegados y graves, la papada flácida y eterna del

durancamps, bodas de oro

Ya venía yo, en cierto modo, preparado para que los efluvios de este «puente» fueran satisfactorios. La última de las reuniones sociales a las que tuve la oportunidad de asistir fue a una celebración poco frecuente. Durancamps y su esposa celebraron el cincuentenario de sus bodas hace pocos días. Y con tal motivo invitaron a casi 400 de sus amigos a una especie de reconstrucción de aquel nupcial suceso. Con tal propiedad, con tanto generoso y natural señorío, que la mayor parte de los convidados salimos de allí enternecidos.

animal tuvieron para mí un estremecimiento comedido y cortés, como si ya me conocieran. Jugar al golf es, más que el ejercicio de un deporte, el de un estado de ánimo, y dejé de jugar al golf.

La villa fronteriza de mi «puente» está encastrada en un montículo, desde el que se avizora todo el valle. No es éste el camino usual para entrar en España, por parte de la oleada turística; pero el trasiego fronterizo es incesante. Los clientes habituales de la frontera son los propios habitantes de la comarca, al otro lado del Pirineo. A mí me agrada el aspecto de estos sitios de tránsito, aproximadamente el mismo que hace cien años. Y veo con entusiasmo que, de la misma manera que los turistas españoles cruzan la frontera con el espíritu de los que los conducen un poco malicioso y escolar, por ir a ver en un cine de barrio cuatro posturas de Brigitte Bardot, los turistas y hasta los autocares franceses se detienen en la Plaza Mayor de esta villa de mi «puente» y sus ocupantes se sientan ante los veladores de los cafés para tomar un «pernod» de 60 grados, que los de aquí no catamos siquiera. Un colegio entero, con alumnos de medalla y cintita de distinguido en los exámenes, tomó plaza y abarrotó un café para que todos, sesudos profesores y alumnos, tomaran, al alimón, el anisado y amarillo mejunje. Yo pensaba en aquello de: «Admiróse un portugués...»

Y ahora advierto que yo he elegido bien el itinerario de mi «puente». Un puente es algo que nos sirve para llegar a la otra orilla. Hubiera sido inútil que yo hubiera ido a cualquier lado que no fuera éste, porque en todas partes —playas, «campings», «boites», «starlets» en «bikini» o «pollos» existencialistas con barba y «twist»—, en todas partes hubiera ido acompañado de aquello de lo que pretendo huir. Quizá por eso creí que la mirada de la insomne y pacífica vaca del golf contenía para mí un mensaje tan rotundo de comprensión y connivencia.

Es Durancamps un gran pintor. Pero no todos los grandes pintores hacen de su ejemplar felicidad un gozo colectivo. En nuestro tiempo es más bien frecuente la actitud contraria. Pensamos nosotros en toda la nueva ola cruzada por el problema de su oficial notoriedad, en la tremebunda amenaza del tedio que se esconde en multitud de incomprensibles cuadros de hoy y en la obra genialoide de los falsamente desesperados; y nos agrada contemplar día a día el contraste que con ello ofrece la obra de artistas como Durancamps. Nos parece advertir que el secreto de todo consiste en que todo gran artista tiene el esplendor, el entusiasmo y la transparencia de un epitalimio exaltado.